

## MEMORIA DE LAS CAMPAÑAS DEL ISTMO (LA GUERRA CIVIL DE LOS MIL DIAS)

### LA BATALLA DEL PUENTE DE CALIDONIA

*Belisario Porras*

Amaneció al fin el funesto 24 de Julio. La noche del 23 al 24, desde que Chaux partió de nuestro lado, se nos hizo interminable. La pasábamos en vela y sobresalto, contando los minutos y aplicando el oído a cada tumbo resonante de las olas, creyendo oír en ellos la ronca voz de los cañones, y confundiendo los ruidos prolongados y lejanos con el aquelarre siniestro de la lucha.

Cuando la claridad invadió el espacio, nos dirigimos a la playa a ver y a oír, a adivinar los incidentes del sangriento drama. Aunque amanecía sin sol, nebuloso y triste; se distinguía bien todo en frente de nosotros; el mar aquietado ya de su batahola nocturna, la costa y la ciudad mudas, inmóviles y expectantes. No había comenzado el duelo y lo suponíamos aplazado. No podíamos creer, sin embargo, que los nuestros esperaran la luz del sol para asaltar al enemigo en sus trincheras formidables.

Hay tres modos de abordar al enemigo en cualquier parte en donde esté; pero la *bora*, el momento psicológico de hacerlo no es más que uno, el de la noche, al amparo de sus sombras, cuando se halla en reductos o murallas dominantes o cuando se asalta una ciudad que nos disputa, a cuya entrada se encubre y parapeta.

Concedimos a Herrera todavía la cordura de apreciarlo así, pero luego salimos del engaño, pues, pasados algunos momentos, oímos el retumbo del primer cañonazo, y en seguida, sin ningún intervalo, una descarga cerrada.

Otro estallido y nuevos y resonantes ecos. Había comenzado la batalla, y ya el fuego no cesó más. Desde aquel instante (las ocho de la mañana) siguió sin tregua ni descanso. Lo oíamos repetido o unísono, a manera de traqueteo constante o como un lejano y vago clamor. El viento nos alejaba las detonaciones o nos las volvía a traer secas, claras y distintas. A veces podía creerse que todo llegaba ya a su término, porque esas detonaciones eran sueltas, lentas, como disparos a un enemigo que se aleja, que

huye y se le deja ir; otras veces parecía que se acosaba a ese enemigo con animosidad, de modo terrible, con encarnizamiento, precipitadamente, haciéndole descargas o un tiro sobre otro tiro y otros más para cerrarle el paso, siguiéndolo para acabar con él, para hacerle volver grupas...

Al medio día la situación era la misma, pero en la tarde, cuando ya el sol se hundía en el ocaso, sólo retumbaban los cañones. Sus rugidos eran lúgubres, y para nosotros ya era claro que el enemigo se mantenía firme en sus trincheras y que los nuestros no habían podido entrar a la ciudad. Si no, ¿por qué ese incesante estallido de las bombas? ¿Por qué cesó el ruido de la fusilería cuando una vez adentro de la ciudad la lucha tenía que ser cuerpo a cuerpo?

Sin embargo, de los que estábamos en Farfán, no todos pensábamos de igual manera. No sé a ciencia cierta que era lo que pensaban algunos; pero cuando les hablaba del desastre se mostraban, al contrario, llenos de esperanza y fe. A prima noche no nos quedaba más que ir a constatar la catástrofe. Por el plano inclinado de un abismo, Herrera y cuatro o seis más de sus parciales, habían estado arrastrándonos, y aunque habíamos resistido firmemente, sosteniéndonos cuanto pudimos, agarrándonos de lo que encontrábamos, habíamos caído, al fin, y ¡todo estaba terminado! En un momento de despecho me había quedado en Farfán, significando así mi reprobación, mi protesta acerca de los autores de tan forzada y tremenda desgracia; pero ahora, cuando a la rabia impotente se sucedía el dolor, ahora debíamos ir al Campamento los que allí estábamos a ver si podíamos servir de algo, a dar también la vida o a prestar un nombre, como quien da una mortaja o una capa para encubrir la vergüenza de la irreparable desventura, fruto de obcecados errores.

La lancha a vapor estaba descompuesta, con uno o dos tubos menos de la bomba de alimentación; pero no importaba, éramos pocos ya –unos cuarenta poco más o menos– y podíamos ir todos en el “Gaitán”. Así, pues, a las diez de la noche nos embarcamos en él, salimos del estero con la repunta de la creciente, y después de doblar a Flamenco por el Oeste, reviramos sobre *Panamá el Viejo* hacia la Boca de la Caja. Allí, en esa irrisoria Boca, era donde

debíamos desembarcar para alcanzar el Campamento de Perry's Hill, del cual dista poco más o menos una legua. Llegamos a las cinco y media de la mañana, e inmediatamente echamos mano a los botes para saltar a tierra; y aunque las dificultades eran grandes, porque la fuerza de la vaciante arrastraba mar afuera nuestras naves y éstas tenían que pasar por entre puntiagudas rocas para llegar a la ribera, en una hora más todos nos hallábamos en la playa.

Al arrimar se veían en ella, no obstante la neblina que cubría la costa, grupos de soldados y oficiales nuestros. Con todo, a pesar de llevar el alma quebrantada por la desesperanza, no los tomé por desbandados de nuestro Campamento, sino por guardas de un retén colocado en ese punto por Herrera. Cuando me hallé en tierra y vi a esos hombres descalzos, con el pantalón arremangado hasta la rodilla, cubiertas las piernas de lodo, el rostro pálido y la mirada triste, fue cuando me cercioré de lo que pasaba. Me rodearon en silencio, y uno de ellos, José Antonio Granados, me dijo con voz ahogada, sacudida por el llanto:

—Todo ha acabado, doctor... Tenemos como quinientas bajas... Han muerto Agüero, Temístocles Díaz, Joaquín Arosemena, Juan Antonio Mendoza, Fabio Tejada, Eugenio Porras, el Comandante Gómez, Samuel Ruiz, Chagalón, Samuel Rostrup y cien, tal vez doscientos más... Han caído heridos Chaux, Ramírez, Rengifo, Patiño, Castellanos, Domingo de la Rosa, Luis García y como otros doscientos... Nos queda poca gente... Vea los cañones que hemos recogido por orden del General Herrera y traído aquí para ponerlos a salvo.

Confieso no haber tenido nunca emoción parecida a la que experimenté entonces. Había calculado, supuesto, pronosticado el desastre; pero no me había imaginado que llegara a tal extremo. Y es que nunca estamos suficientemente preparados para recibir la desgracia, ni aun para oír el anuncio de que se aproxima a nuestras puertas. Hay en esto una especie de dualidad moral, pues piensa uno que puede suceder de tal o cual modo, pero siente y espera de modo distinto. Bien podemos tener el convencimiento profundo del cumplimiento de un hecho desgraciado: la esperanza no nos abandona jamás.

Ella es siempre el último doliente que se retira del borde de la tumba, cuando todos los demás deudos de la vida se han retirado de aquélla.

Confundidos, anonadados, con la muerte en el alma, lo demás vino, sin embargo, sin arrebatamiento, sin discursos, sin esfuerzos, como un sueño... No vacilamos un instante. Había un caballo, monté en él y los demás me siguieron. Crucé vertiginosamente un llano por el cual iba hallando soldados de nuestro Campamento a quienes preguntaba: *¿qué hacen?* y contestaban con tristeza: *Buscamos qué comer!*

En el Cangrejo estaban Chaux, Ramírez y Domingo de la Rosa, a quienes les curaban las heridas. Nada me dijeron, nada sabían, nada podían decirme. Habían sido soldados, habían entrado por donde les mandaron entrar, cayeron peleando y los retiraron del campo...

En Perry's Hill era distinto. Decíanme que allí estaba el Campamento, y en efecto, desde lejos alcancé a ver los grupos en la falda de la loma, tendidos unos al raso, sin sombrajos ni abrigo; andando algunos, sentados otros alrededor de dos o tres hogueras. Al distinguir junto al verde claro de la loma el rojo de las mantas y el blanco de las ropas, mi vista se concentró por un instante. Un humo azulado ascendía con lentitud, y no pensé en las realidades sombrías de la situación, sino en escenas de lucha y de esperanzas. Pero, ¡cuán corto fue ese instante! Al acercarme vi bien que el rojo se mezclaba con el gualda. No había risueñas filas de blancas tiendas, no ondeaban al viento las enseñas, no había ruido de armas, ni relincho de caballos, ni algazara de soldados... Reinaba, al contrario, una tristeza inmensa, semejante a la de las casas en donde hay enfermo; tal parecía a mi llegada que se andaba de puntillas y se hablaba en voz baja. Había doscientos muertos, insepultos, que se estaban hinchando y otros tantos heridos *sin la primera cura*, en la llamada *Nevería*, sin alimentos, sin medicinas, sin camas; pero lo triste, lo horrible, lo desesperante, no era nada de eso. Cualquiera puede calcular lo profunda que es la crisis que sufre un Ejército después de la batalla, y cómo hay necesidad de rehacerlo, de reorganizarlo para recomenzar; mas esa no era crisis; era una catástrofe sin nombre. Era que aquel Ejército de bravos y abnegados, reducido a la mitad,

cansado de la lucha y abrumado por el sueño, tenía además *dos días de no comer!!* No era ya Ejército de hombres, sino de estatuas o de sombras, pues el hambre, la fatiga y el continuo contacto con las escenas horripilantes del campo de batalla, embotaban su espíritu y les daban una indiferencia glacial. Allí estaban a pie firme, como dicen, sobre el lodo y bajo el agua, ocupando sus primeras posiciones; pero no era por ellos mismos, los pobres desventurados de rostros pálidos, de cabezas amarradas con pañuelos, de ojos hondos y mirada vaga, sino por el pánico, por el miedo cervical que habían infundido en los regenerantes. La arremetida había sido tan grande, tan horrible, que estos tres veces humillados enemigos no osaban todavía dejarse ver. Seguían en sus trincheras formidables, y aun después, con mucho de pasado el cruento choque, apenas se atrevían a sacar las narices por entre las rendijas de ellas, a manera de armadillos en sus huecos. Estando en tal manera, cuando querían asegurarse de su situación, pegaban el ojo al enrejado de los parapetos, aguzaban el oído y tendían la mirada –si veían todavía el suelo sembrado de cadáveres– temblando volvían a agazaparse y a hundirse en sus zanjas...

Cuando hube llegado a la casa de madera que se asienta en la cumbre de la loma y visto desde ella el campo en donde se había cumplido el drama, mi dolor fue más hondo y más intenso aún, porque si bien es cierto que al discutir el plan de ataque en La Chorrera, sin ninguna confusión había surgido ese campo en mi memoria y lo había transmitido así a los demás, en esa vez se descorría más distinto, más diáfano todavía a mi vista, sin la vaguedad del recuerdo. Es claro que todos tenían que verlo así, y, ¿cómo era posible que viéndolo y sabiendo que en la estrechura del fondo estaba atrincherado el enemigo, hubiera podido intentarse penetrar a la ciudad para tal estrechura? Abajo de esa loma, a corta distancia, rodaba el mar sus olas, dejando al descubierto, en seco, al retirarse con la marea baja, una extensión de media milla de playa. El enemigo no había levantado, no habría podido nunca levantar trincheras en ella, ¿por qué, pues, de noche, validos de las sombras, no habían intentado entrar a la ciudad por ese lado?

Así me interrogaba en balde a mí mismo, mientras contemplaba el panorama, y así mismo interrogaba a aquellos tristes y sombríos oficiales que se habían agrupado a mi alrededor. Inútil era; porque hay errores inexplicables y preguntas que no pueden contestarse. *¡Cuántos de ellos decían haber advertido a Herrera y revelándole la verdad!*; Triste consuelo ese, como el de todas las desgracias, el de lamentarse uno de no haber hecho lo que habría podido hacer para evitarlas! Los procedimientos diversos que entonces indica la prudencia, son como las virtudes de un muerto querido que no se ha de volver a ver. Recordamos esos medios y procedimientos de un modo inequívoco, y rehaciendo el episodio, creemos seguir la estela luminosa que dejan hasta coronar el éxito.

Todos estaban de acuerdo o en que los errores venían de muy atrás...

En Corozal, decían, triunfamos porque triunfar era lo inevitable. Albán cometió allí el gran error militar: avanzó sus fuerzas como por un tubo, que es la línea del Ferrocarril, y cuando llegó a la boca angosta de esa especie de embudo, se encontró con el *Robles* y el *Uribe Uribe* que le cerraban el paso. Dos compañías del *Libres de Chiriquí* y los escuadrones *Patria y Libres de Colombia* dieron la victoria. Cuando Herrera llegó al lugar del combate se halló con la aprehensión o captura de los prisioneros. Llegó a tiempo para cobrar el precio de la victoria, y ese precio que era la ocupación o conquista de Panamá, no lo cobró. Todavía, a su llegada, se oían las pisadas de los fugitivos y podía ponérseles los pies en los talones. La ciudad estaba tan cerca, que allí se oyen las campanas de su catedral. Transimenes está infinitamente más lejos de Roma, y todo el mundo está conforme en atribuir la pérdida de ésta para Aníbal a su vacilación después de la victoria; y Herrera vaciló no por falta de advertencias. Nicholson, por ejemplo, Salamanca, Cano, Aparicio, Salgado, Quintero y otros más se lo rogaron. Exponen muchos de éstos, que decía: "*No tengo orden de seguir,*" lo que de ninguna manera lo excusa, porque tampoco tenía orden de pelear, fuera del plan acordado, y había peleado, y así con otras cosas. Quien ha hecho lo más, bien puede hacer lo menos. Hay desobediencias sublimes. Los órdenes en campaña se cumplen o no, según el criterio de quien

las recibe. Me refiero a las órdenes relativas a las operaciones, cuando éstas deben realizarse fuera de la vista de quien las ha dictado. Todo el que conozca la guerra franco-prusiana, sabe que Moltke fue desobedecido varias veces por sus subalternos, durante esa guerra, y que el gran maestro aprobó la desobediencia. Hubo más: de Panamá salieron varias personas a pintarle a Herrera la situación de ésta y a rogarle siguiera a ocuparla sin pérdida de tiempo. Una de esas personas fue una joven patriota, hija de Benjamín Ruiz, y la otra Ulpiano Sencial. Le hicieron saber que muchos de los Jefes de la plaza, Belisario Losada, J. M. Guerrero, J. M. Parada Leal, Juan Antonio Henríquez y algunos más, generales unos, coroneles otros y no pocos detractores procaces, héroes de lengua, habían volado de la ciudad y se habían refugiado en Flamenco, a bordo de un vapor de guerra inglés. El mismo General Albán había hecho preparar el bote de la Capitanía del puerto para emprender la fuga...<sup>(1)</sup>

El desconcierto en la ciudad era grande: ¿qué esperaba Herrera? Es imposible saberlo; es más bien fácil adivinarlo.

El 21 lo empleó, lo mismo que el siguiente, en cruzarse notas con Albán. Intimó la rendición de la ciudad, y mientras le enviaron la respuesta, los enemigos tuvieron tiempo sobrado de reponerse del pánico. ¿Quién no ve que el que pide pudiendo tomar es porque no está seguro de su derecho o de su poder, que en la guerra se denomina fuerza? ¿Quién no comprende hoy que la intimación de rendición es un meter miedo banal? Preciso es creer que Herrera no sabía, antes de llegar a Corozal, lo que tendría que hacer, y vaciló al llegar allí. En la vida hay siempre un cuarto de hora fatal: lo tienen las mujeres, según dice Rabelais; y seguramente lo tienen también los hombres. Napoleón decía que había observado que siempre es un cuarto de hora el que decide los destinos de una batalla. ¡Ay! Herrera tuvo muchos cuartos de hora: calcúlese cuántos tuvo en tres días seguidos!...

Durante esos tres días se preocupó más de las pocas tropas que debían operar por Farfán, que de sus mil doscientos hombres

---

(1) El señor Reinaldo Hincapié, Capitán del Puerto, fue removido por no haberle alistado al General Albán el bote de la capitanía tan pronto como lo pidió. Así se nos ha informado.

y de la captura de la ciudad. No puedo creer que su objetivo esencial no fuese la ocupación de Panamá, sino hacer frustráneo el plan de ataque concertado por mí y acogido en Consejo de Jefes, diferente de como había indicado él; pero es evidente que no supo aprovechar los instantes embriagado por el triunfo. Mientras tanto, el enemigo, repuesto de la derrota sufrida y del pánico consiguiente, ahondaba zanjas en la barranca de Pueblo Nuevo y levantaba parapetos inexpugnables, con rieles de acero y durmientes de cocobolo y guayacán.

El 22, al medio día, avanzaron las tropas sobre Perry's Hill, y el 23, en la tarde, se unieron con las del General Ramírez, que al fin llegó.<sup>(2)</sup> Era esta fuerza el batallón *Cazadores del Pindo*, por el estilo de nuestros diminutos batallones, de 105 hombres, más bien menos que más.

Al declinar la tarde de ese día tuvo Herrera otra inspiración desgraciada: la de retirar de Corozal las fuerzas que interceptaban la línea del Ferrocarril y que aseguraban nuestra fácil retirada por allí.<sup>(3)</sup> Con esto rompía, por decirlo así, nuestro cordón umbilical. Nuestro claustro materno, lo que nos había dado el láser, estaba en los pueblos del interior del Istmo, y era por allí, por Corozal, por donde podíamos ponernos en rápida comunicación con la madre cariñosa que todo podía darnoslo: ganado, víveres, hombres y entusiasmo.

Era evidente que con cualquier desastre no podíamos contar con nuestras naves, por su poca capacidad, por la dificultad del embarque en toda esa costa, desde Paitilla hasta el Bayano, y por la precaria suerte que correríamos cruzando el golfo en busca de los pueblos del interior del Istmo, al paso de *cuatro millas* por hora, que era andar de "La Cisterna", y con tres o cuatro bongos a remolque.

---

(2) Empleó 12 días de Chepo a Panamá!!!

(3) En el momento que el General Herrera ordenó la retirada de nuestras tropas de Corozal, rompiendo nuestra comunicación con los pueblos del Interior y dándole por tal movimiento libre paso al enemigo, uno de sus ayudantes, Juan Romero, se manifestó tan disgustado por ello, que llegó a hacer a dos Jefes más, que no aceptaron, la proposición de desconocerlo y amarrarlo.

En tales condiciones, tenía que quedar nuestro Ejército a merced del adversario y en imposibilidad de poder realizar acción militar ninguna. Pero así quedó dispuesto por él, y el 24 en la mañana, a las cinco, el Ejército se puso en situación de combate. En ese instante con la luz del alba, se avistaron los buques que llegaba Chauv con las fuerzas que debían operar por La Boca, y se esperó que llegara.

A las ocho de la mañana comenzó la lucha...

Imagínese cómo tuvo lugar: dos batallones por la playa, cinco por el centro y dos más por San Miguel, en busca de la orilla del pantano. Eso era lo que Herrera llamaba los tres cuerpos: ala izquierda, centro y ala derecha; cosa simplemente ficticia. Por donde él echaba el grupo, la multitud de patriotas, de simples y abnegados, no había más que una estrechura de 700 a 800 metros, mermados por el pantano que forma el estero de Peña Prieta. Los demás eran callejones que desembocaban a esta estrechura: callejón entre cercas de alambre, barrancos y pantanos. ¡Qué horror! *¡Si siquiera hubiera esperado la marea baja! Así el callejón de la playa no hubiera sido de treinta varas, sino de mil o dos mil...* Si siquiera hubiera llevado corta-fríos, así, rotas con ellas las cercas de alambre, se hubiera agrandado el callejón de Calidonia... Se lo habían indicado así, y a Carlos Jaramillo y Manuel Patiño, que fueron los primeros en decírselo, les contestó: *No importa; arremetan de firme y les dejarán el campo.*

Francisco Manzano, salvadoreño, tan atronado como simpático y valiente, se había ido gateando en la noche precedente, arrastrándose por entre la maleza y los escobillales, habiendo llegado tan cerca de las trincheras de los enemigos, que los vio fumar, oyó sus conversaciones y apreció la forma y condición de sus parapetos. Volvió presuroso al Campamento y se lo contó todo al General. Le dijo: "Las trincheras están hechas sobre zanjas con rieles de acero y durmientes, formando aspilleras en cada cruzamiento de los primeros con éstos; en el puente tienen, además alambres, y planchas de hierro; cierran directamente la entrada de la ciudad, formando una línea transversal y dos líneas oblicuas, convergentes entre el mar y el pantano; el terreno se halla despejado en su frente por los tres callejones y con árboles

y matorrales con los intermedios de éstos; sus flancos por el mar y pantano dichos, son inabordables; en fin, conservan fácil comunicación entre sí y con la ciudad...”.

Herrera replicó: “*No importa; habrá sus dijuntos*”, y Salamanca, a la sazón allí, agregaba: “El puente será nuestro; dos horas y es bastante...”.

¡Qué lenguaje! Así hablar suelen los guapos; pero también hablan así los ignorantes. El Partido Liberal es de esos: confiado, sencillo e incauto, pródigo de su sangre. El conservador no creía entonces sino que el liberalismo lo componían foragidos y tal como ordenaba los dolores profundos con que deploraba la muerte de sus héroes cristianos, así decretaba la calificación de malhechores con que execraba a los luchadores liberales. Cuestión de parecer. ¿No loan, al contrario, los últimos, la sencillez ovejil con que dan su pecho franco, abierto, para que dispare sobre él el *godo* agazapado? No creo que sea ignorancia de ellos. Napoleón decía que para saber cómo se dan batallas había que leer y meditar las relaciones de 150 de las dadas por los demás grandes capitanes; y ¿quién no lee hoy el doble de esas relaciones en los periódicos con que la prensa vocea la historia por todos los rincones del mundo? ¿Quién ignora lo que es pelear contra un enemigo atrincherado? ¿No lo habíamos visto ya en Bejuco? “*No importa; arremetan y les dejarán el campo...!*”.

Con esa fe, imagínese cómo sería la hecatombe!

Entraron, no por pelotones, sino en masa ¡doscientos y tantos hombres por un lado, doscientos y tantos hombres por otro, y algo más de quinientos por el centro; y no podían entrar de otro modo, porque no tenían campo para maniobrar en orden de batalla, ni por columnas, con distancias enteras o medias distancias...

¡Si al menos se hubieran hecho preceder de tiradores! Estos van como grupo de cazadores que acechan una res, se arrastran por el suelo, se ocultan detrás de las matas, se agachan a la espalda del menor relieve del terreno, haciendo fuego cuando pueden, zafando el bulto de la puntería que les hace el contrario. Apoderados de una cuneta, de un barranco, entonces son reforzados por una nueva sección, que va también arañando el suelo, ganando paso a paso el campo. ¿Así? ¿De tal modo? ¡No! Proceder así debía parecer indigno del Partido Liberal. Mejor era

lanzarse impertérrito, con entusiasmo, con esa especie de frenesí del gran partido, es decir, en masa, como en la infancia del arte de la guerra, sin ningún ataque preparatorio, de viaje, con un solo choque general y único.

La distancia era grande, y por eso debía iniciarse el combate con la artillería, para destrozar la artillería del contrario, derruir sus defensas, sus abrigos, mantener su ánimo en estado de tensión y producir en él gran fatiga y moral para preparar el éxito de las operaciones subsiguientes. La artillería sirve para eso; allí no. ¿Quién iba a tener paciencia para ese entretenimiento de bombas? *Mano a mano* era mejor, y frente a frente, a cincuenta varas del enemigo, cañón contra cañón, metralla contra metralla, cuerpo a cuerpo, como en un pugilato; pero eso sí, el uno a cara descubierta y el otro atrincherado...

El deseo, el ansia voraz era de llegar al pelo, a las orejas, a las zancadillas y topetar boca con boca, diente con diente...

Entonces sucedió lo que debía suceder, que el conservador lo dejó ir, agazapado, en acecho, conteniendo la respiración, pegando el ojo a las rendijas, tendiendo la mirada, fija el arma, apoyado el dedo en el gatillo. Los dejó ir, más, un poco más, y cuando los tuvo cerca, bien cerca, disparó con absoluta impunidad, dejándose oír la primera estentórea explosión! ¡Oh nobles! ¡Oh incautos camaradas!

La metralla, como un granizo rasante, ha derribado pelotones íntegros, y por entre una atmósfera de humo y de sangre, de olor a pólvora y a trapo quemado, se ven rodar por el suelo, agitándose en las agonías de la muerte, hombres y bestias en horrible confusión.

Se oye el grito de *¡Viva el Partido Liberal!* y de nuevo otros pelotones avanzan, saltando sobre los muertos... El enemigo feroz los deja ir de nuevo, agazapado, en acecho, pegando el ojo a la rendija, tendiendo la mirada, y cuando están cerca, más un poco más, vuelve y dispara, y el ronco acento va rebotando con lúgubre cadencia. Otros ruedan también, como hierbas segadas, pero hay que seguir y coronar la meta.

San Miguel, la ermita de piedra, ha caído en nuestras manos; y la mosquetería, no obstante la lluvia torrencial que se desata, acrece su intensidad: la crepitación anuncia mayor

encarnizamiento; renacen nuevos bríos; alienta la esperanza, y ya creen los nuestros asegurada la victoria. Sin embargo, ese inconcebible brío de leones va a estrellarse contra lo inexpugnable. Lo serio no está en los parapetos, está, y junto con lo horrible, en aquel callejón del infierno que ruge y relampaguea de un modo siniestro. Hay un punto en él desde el cual no tienen hasta el puente del Ferrocarril, ocupado por el enemigo, ninguna torcedura ni recodo, y desde ese punto es preciso recorrer andando de frente, algo más de cuatrocientos metros. ¿Qué podían hacer los héroes desequilibrados, enloquecidos, a quienes atrae ese puente como el imán atrae las limaduras de hierro? Seguir adelante. Ya han entrado, y no pueden detenerse porque eso es sucumbir; ni retroceder porque eso equivale a la vergüenza. Como ola embravecida avanzan, pues, y el *godo*, agazapado apunta, pegando el ojo en la rendija, tendiendo la mirada. ¡Oh tristes! El trueno estalla y la masa de héroes rueda, triturada, en montones de informes, boca-abajo, boca-arriba, de lado y unos sobre otros, como al soplo del niño, las falanges de sus soldados de plomo...

Sólo por ese increíble amor que despierta la doctrina liberal, puede explicarse ese desprecio extraordinario por la vida. En lucha tan desigual, nuestros fuegos son sin éxito; esfuerzos vanos que un destino implacable burla...

Ya declina la tarde; el sol se esconde, y aquel gran esfuerzo, hecho con la vislumbre de la victoria, empieza a declinar también. ¡Han caído tantos en diez horas de recibir la muerte a quema ropa!... En ese instante todavía se ven rostros sudorosos estremecidos por las contracciones del furor sublime. El enemigo, sintiéndose invencible, redobla sus esfuerzos. Fusilería y metralla, el fragor es horrendo. Sigue matando, destruyendo todo lo que se pone a su alcance; su furia salvaje elige víctimas: Joaquín Arosemena, Fabio Tejada, ¿quién puede desconocerlos? Generales, coroneles, oficiales y sargentos son los preferidos...

Al fin, la tragedia toca a la escena desbordante de dolor; los restos de nuestros batallones, mezclados en terrible confusión son sólo un torbellino de hombres que caen, y los que aun viven, sintiendo acabárseles la esperanza de la victoria, ceden a la imposición de la desgracia que extiende su velo sombrío sobre

aquel campo, cubierto de sangrientos despojos; sangre noble y generosa *que humea como antorcha funeraria que pronto se va a extinguir!*

Los heridos se arrastran penosamente, con inauditos esfuerzos, caen, se levantan de nuevo, blancos como la cera, helados por la proximidad de las sombras, dan pasos vacilantes, dejando surcos de sangre y vuelven a caer exánimes: desesperados otros, se esfuerzan por seguir las huellas de los pelotones que se van retirando. El sol, oculto ya detrás del impasible Ancón, refleja un débil fondo rojo sobre ese lúgubre cuadro, y entre tanto, el *godo*, agazapado, apoya el rifle, y convulsivo aguarda, pegando el ojo a las rendijas, tendiendo la mirada... ¡Nadie se acerca! ¡Caídos están todos!... Al día siguiente reinaba en Perry's Hill tristeza inmensa... El Ejército de bravos y abnegados, mutilado, a la mitad, no era sino un Ejército de estatuas, de momias o de sombras, pues el hambre, la fatiga y el continuo contacto con las escenas horripilantes del campo de batalla, embotaban su espíritu y les daban un aspecto de indiferencia glacial. Allí estaban a pie firme, como dicen, sobre el lodo y bajo el agua, ocupando sus primeras posiciones; pero no era por ellos mismos, los desventurados, de rostros pálidos, de cabezas envendajadas, de ojos hondos y mirada vaga, sino por el pasmo, por el miedo cerval que habían infundido en los regenerantes...

*Lo demás no es para mí sino un kaleidoscopio de sombras chinescas.* Reorganización del destrozado Ejército; armisticio o suspensión de hostilidades, ambulancias y cruz roja: todo eso pasa por mi mente de un modo oscuro y vago.

El anuncio de la llegada a Colón de 1.250 hombres al mando del titulado General José María Campo Serrano, y el de la próxima llegada de "La Boyacá" con 150, fueron dados por los Cónsules de los Estados Unidos, Francia e Inglaterra, y por el Director de la Compañía del Canal, que fueron a vernos y a ofrecernos su mediación. "Nosotros—nos habían dicho esos señores—no estamos en favor de ninguno de los dos contendientes, pero sí deseáramos que llegaran a un arreglo honroso sin más derramamiento de sangre. Todo otro asalto a la ciudad, sería ya hoy del todo estéril".

La revelación fue horrible; *cayó sobre nosotros como ciclópea maza.* Si el Gobierno podía enviar tropas de Barranquilla al Istmo,

seguramente era porque ya no había para él cuidados por esa parte, y habíamos –como se venía aseverando– sucumbido en *Palonegro*. Nuestra Flotilla del Atlántico tenía, además, que haber desaparecido de las aguas colombianas, conforme a los rumores que nos habían llegado, pues de otro modo no viajaría tan impunemente ningún buque con tropas de Barranquilla a Colón. Tales las inducciones a que daban lugar las afirmaciones del Cuerpo Consular. Aceptamos, pues, la mediación y consiguiente suspensión de hostilidades que, por su medio, se nos proponía; y reunidos Herrera, Chauz y yo, nos dimos a estudiar la situación. En la noche ya vimos claro lo que debíamos hacer. El enemigo rompía hostilidades, no obstante el compromiso con los Cónsules, premeditadamente, para recuperar la Iglesia de San Miguel, posición cuya pérdida le tenía humillado, y para facilitar la llegada de los refuerzos llevados por Campo Serrano. No pensamos ya sino en el modo de salvar los restos del Ejército.

La imposibilidad de hacerlo era casi absoluta, pues en Perry's Hill, *cortada nuestra salida* por Corozal, estábamos como en un saco, cuyo fondo era Chepo, y en una retirada a ese punto, *para continuar la lucha por allí*, llegado que hubiéramos a él, no tendríamos gente con que engrosar las filas ni víveres suficientes para sostenernos, ni campo para emprender operación ninguna seria. La retirada sólo podía tener por objeto, buscar nuestra flotilla *para escapar en ella y seguir la lucha en otro punto*, pero aparte de que en nuestros barcos difícilmente podíamos movilizar más de 300 hombres, no teníamos en la costa sino dos puertos conocidos de abordaje, y esos puertos eran el mismo de La Caja, a la vista de Panamá, y el del río Bayano, en Chepo.

Nos colocábamos en una alternativa tremenda: o íbamos a Chepo o nos dirigíamos a la boca de La Caja dicha. Para ambas retiradas nos veíamos en la forzosa necesidad de abandonar nuestros 200 heridos, y en la de perder 500 o 600 rifles, correspondientes a nuestras bajas, que no nos sería posible transportar. Separadamente tendríamos, además, para cada una de ellas lo siguiente: por la boca de La Caja, el abandono de 300, si no más, de nuestros compañeros, ¿y cuáles iban a ser éstos? Por Chepo tendríamos la seguridad de que el enemigo, antes tal vez de que llegáramos, nos cerraría la Boca del Bayano con

“La Boyacá” o con cualquiera otra nave armada en guerra; y si lo hacía, quedaríamos sin poder salir al mar” sin poder avanzar más, de Chepo en adelante, por el *jalto abí!* de selvas no tocadas ni por la planta de los españoles, y amenazados por detrás por un enemigo superior que iría en nuestro alcance.

Equivaldría esa retirada, sin contar con la aspereza y fragosidad de los caminos, en los cuales empleó Ramírez con 100 caucanos, diez o doce jornadas, al desastre total, a la pérdida total de nuestra gente, de nuestras naves y de nuestras armas.

Por la boca de La Caja había un peligro inmenso, aparte del abandono de la mitad de nuestra gente, y consistía en la dificultad y lentitud del embarque y en que estando esa Boca tan cerca de Panamá –a su vista– podían aplastarnos mientras nos pusiéramos a realizarlo. Para comprenderlo, bastaba hacer el cálculo del tiempo que se emplearía en embarcar 300 hombres por medio de cuatro a seis malos botes en los que no cabían 15, a buques anclados a dos mil o tres mil metros de la costa, y tener presente que de Panamá a la boca de La Caja no hay por tierra más que una hora.

¿A qué hablar de la falta de combustible para los buques de vapor; del tardo andar de “La Cisterna” y de las dificultades y peligros de una travesía con cuatro o cinco bongos y otros tantos botes a remolque? Era claro que sólo nos quedaban dos medios para poder salvar las naves y la mayor parte del armamento y de la gente, y eran el de *contener* o el de *entretener* al enemigo en donde estábamos, mientras tanto. Para *contenerlo* había que hacerle frente e impedirle el paso con los hombres que no se pudieran ir, y para *entretenerlo*, con uno solo era bastante.

Con rubor lo digo –porque no sé mentir– y no debo ni puedo mentir; mi relación ha de ser rotundamente verídica. Puesto que Chauz y Herrera eran de los que se querían ir a *continuar la lucha*, ese hombre que debía *entretener* al enemigo, tenía forzosamente que ser yo. ¿Por qué había de vacilar un solo instante?... ¿Contener al enemigo en Perry’s Hill con la gente que no podía irse ¿no equivalía a hacer perecer esa gente? ¿No era mejor el sacrificio de uno solo?

¿No había ido allí a prestar un nombre, como quien da su capa, para cubrir las pudendas de un yerro o el recato de nuestra consumada ruina?

Mendoza aceptó conmigo el sacrificio, y *recibió las credenciales que le dio Herrera para firmar la rendición en los términos propuestos por Albán.*<sup>(4)</sup>

¡Cómo se habían cambiado los papeles! Desde la madrugada al amanecer del 26, las tropas llevadas al Istmo por Campo Serrano, estaban tendidas en la línea del Ferrocarril, cerrándonos el paso para Corozal; y así, idos ya Paulo Emilio Morales, Chauz, Ramírez, Toledo y Herrera, *con todos los que quisieron irse, llevándose mil rifles, cien mil tiros, tres a cinco mil pesos, dos cañones y giros por valor de cuatro mil quinientos pesos contra el señor Mauricio Halphen, comerciante de David*—los que más tarde hizo efectivos el General Benjamín Herrera, cuando actuaba como Jefe de operaciones en la nombrada población— a la vista de aquellas tropas o al alcance de sus proyectiles, se firmó el arreglo por Mendoza, a nombre del General Emiliano Herrera, y fue aprobado por mí.

Nicolás Tejada, en unión de otro Jefe cuyo nombre no recuerdo, fue escogido para la entrega de los elementos de guerra, conforme al tratado, e hicieron la de *setecientos rifles, algún parque y dos cañones*. No hubo un rifle más, y los regenerantes tuvieron que conformarse. A falta de otros elementos y de las naves, les habíamos dicho Mendoza y yo: *aquí quedamos nosotros* (Eusebio A. Morales, enfermo, en una de las casas de la sabana): *hagan lo que quieran...!*

Poco a poco me fui quedando solo en Perry's Hill. El primero que se alejó de mí fue Mendoza, cuyo hermano acababan de alzar

---

(4) Aparte de las razones ya expresadas, el clamor de los extranjeros que nos acompañaban nos decidió a proceder así. Creíanse ya aherrojados, sentenciados a muerte y colgados de un árbol, como su imaginación se lo hacía ver y como los godos se complacían en propalarlo. Algunos lloraban, y otros, desconociendo toda autoridad, vociferaban lanzando inculpaciones impersonales que se veía bien iban dirigidas a los Jefes. El General Salvador Toledo, extranjero también, empleaba los medios persuasivos para decidarnos, contribuyendo no poco, con afirmaciones y frases indiscretas a producir tamaña flaqueza. En voces altas que las oían todos, decía que no quedaba un solo tiro de cañón, o bien nos decía oír el ruido del tren que transportaba los refuerzos del Gobierno, ora veía desembarcar al enemigo en frente y a corto trecho de nuestras posiciones.

del campo de batalla... No fue nunca ese amigo hombre de sensiblerías, pero en esa vez no pudo más: tan quebrantada tenía el alma!

“*Amigos en la adversidad* –me dijo estrechándome en sus brazos– *amigos de siempre*”.

A las cuatro inundaron el campamento grupos de amigos de la ciudad, de curiosos y de enemigos...

A las cinco, un cuerpo de guardia pretoriana comenzó a subir la loma a hacerse cargo de nuestro campamento, y los pocos amigos que entonces me rodeaban, me hicieron ver que era tiempo ya de abandonar ese calvario en donde parecía detenerme, encadenado, el infortunio.

Bajamos, pues, a la amplia senda que conduce a la ciudad, por donde únicamente podíamos llegar a ella, y a pocas vueltas, ahogados por terrible pestilencia, nos internamos en el callejón fatal en donde se había cumplido la más terrible escena del sangriento drama. La perspectiva que se descorrió a la vista fue espantosa. Empezamos a andar por entre cadáveres, a uno y otro lado del camino, extendidos unos, amoratados y encharcados en el lodo o en su propia sangre; sentados o de bruces o encogidos otros; cuáles con espumarajos en la boca; muchos con cara como de cera, reflejando en sus rostros y en su actitud inerte la última impresión violenta de la vida; tumefactos casi todos, inconocibles y en estado de descomposición... Los cuervos se cernían graznando, y salvo algunos individuos que se veían a lo lejos sobre el puente, la calle estaba solitaria y silenciosa, abandonadas las casas, entreabiertas las puertas, dejando ver dentro de algunas de ellas montones de cadáveres en diferentes posiciones... Contemplé con angustia el lugar donde cayó Temístocles Díaz... Aquí, me decían, cayó Agüero; acá Joaquín Arosemena; allá Juan A. Mendoza; ese es Samuel Rostrup; aquél, Diego Miranda...

Partía el corazón ver aun insepulto, en ese campo de desolación, a Fabio Tejada, anciano de cerca de sesenta años; y como él, a otros muchos a quienes dio bríos la libertad por qué pelearon y rindieron la existencia.<sup>(5)</sup>

---

(5) Antes que Tejada, cayó en el Callejón del Infierno uno de sus valientes hijos. “Papá gritó éste, estoy herido”; y el heroico viejo se volvió a verlo, lo envolvió en una mirada de amor y sin perder su puesto en el pelotón de que hacía parte, avanzó a morir a pie de la trinchera.

Lugares había en donde se adivinaba el paso de la metralla barriendo el terreno, levantando en torbellino agua negruzca y sangre... Otros por donde se veía bien que el herido se había arrastrado con dificultad.

Como con una montaña de plomo que oprimía el corazón, después de atravesar ese osario de amigos, de camaradas y de hermanos, al llegar al puente volvimos a mirar atrás. No había detalles; sólo una calle larga de amargura y en ella un fondo lúgubre, silencioso y desolado. El sol, oculto ya tras el impasible Ancón, reflejaba un débil crepúsculo rojo sobre el tenebroso cuadro...

¡Oh tristes! ¡Oh nobles! ¡Oh incautos camaradas! El vencedor que os nombró filibusteros, como un trofeo de victoria vuestros despojos guarda, esparcidos aquí y acullá en ese suelo que habéis hecho legendario con vuestra abnegación, vuestro arrojo y vuestro holocausto. No animaréis ya las lesiones del futuro; pero vais a servir de ejemplo, denodados precursores de la gloria. En el Istmo no habrá más siervos, ni se contarán los hombres como ovejas: por manadas. Sois un lóbrego silencio, y en vuestras tumbas no se ostenta ningún fastuoso y significativo epitafio; pero no podrá pasar por Calidonia ningún *godos* sin estremecerse y sentir nerviosa crepitación de quijadas. Mañana, cuando luzca la libertad de todos y para todos en la Patria, un gran monumento señalará el lugar, hoy melancólico de vuestra heroicidad sublime!...

Véanse a continuación los documentos relativos a la suspensión de hostilidades, o la propuesta rendición y el arreglo firmado por Mendoza:

República de Colombia.—Departamento de Panamá.—  
Gobernación.—Sección de Gobierno.—Número 55.—Panamá,  
25 de julio de 1900.

Señor General Emiliano Herrera.—Perry's Hill.

Los señores Cónsules de Inglaterra, Francia y Estados Unidos, acaban de regresar del Campamento de usted insistiendo en su noble interés de que se evite el inútil derramamiento de sangre que durante cinco días se ha verificado con intenso dolor de

nuestra patria común. Para corresponder a sus civilizadoras insinuaciones, convengo en que el armisticio que actualmente disfrutamos se prolongue hasta mañana al medio día. Ofrezco, además, a usted y demás compañeros de armas, la misma capitulación que usted ofrecía a las fuerzas de mi mando en su nota del 22 del presente julio, hecha a las 2 a.m. Reproduzco sus términos para mayor claridad:

“1°—Que ella se acuerde y se firme antes de veinticuatro horas, durante las cuales se suspenderán las hostilidades;”<sup>(6)</sup>

“2°—Que durante ese término me sean entregadas las plazas o lugares que usted tiene ocupados, con todos los elementos de guerra en ellos existentes, inclusive las naves de guerra y cualesquiera otras embarcaciones que hayan sido armadas en defensa de los lugares mencionados;

“3°—La entrega en el término de la distancia, después de firmada la capitulación, de las demás poblaciones y territorios que existen aún en poder vuestro, con todos los elementos de guerra que en ellos haya;

“4°—La garantía más absoluta de la vida para los jefes, oficiales y soldados que sirven en vuestras filas, como la de los empleados de vuestro Gobierno; concediendo a los jefes y oficiales el honor de conservar sus espadas y bagajes, y a todos el derecho de permanecer en el Departamento o salir de él, incluyendo los prisioneros de guerra que están en nuestro poder”.

A las anteriores condiciones debo agregar la condición de que saldrán de Colombia los extranjeros que, como invasores, han venido a este Departamento.

---

(6) El primer compromiso fue violado por parte del señor General Albán. La nota que puso al pie de la comunicación fue una pueril explicación, indigna de su carácter. Las hostilidades fueron rotas por parte del Gobierno de modo premeditado para recuperar a San Miguel, aunque fuera asesinando a la pequeña guarnición que teníamos en esta plaza, y para facilitar la llegada de Colón y desembarque en Corozal de los refuerzos del General Campo Serrano. Tan indigna era la pueril explicación a que se alude, cuanto que la suspensión de hostilidades había sido propuesta por el mismo General Albán por medio de los Cónsules de Inglaterra, Francia y Estados Unidos y aceptada por nosotros.

Según las indicaciones de los señores Cónsules, debo recibir la respuesta definitiva de usted mañana a medio día, quedando entendido que, de no recibirla, las hostilidades comenzarán inmediatamente.

Si ustedes aceptan sinceramente estas condiciones y las cumplen como hombres de honor, los recibiremos con los brazos abiertos.<sup>(7)</sup>

Para mí no hay locura más frenética que la de exterminarse incesantemente hombres que son hijos de una misma República, que apagan su sed en una misma cascada y que adoran al mismo Dios.

Soy de usted atento y S. S.,

CARLOS ALBÁN.

NOTA:—A tiempo en que iba a remitirse el presente pliego, los fuegos se rompieron de nuevo entre las siete y ocho de la noche. No obstante lo remito a usted como documento de relativo valor histórico y en cumplimiento de lo que había ofrecido a los señores Cónsules.—ALBÁN.

En Panamá, a veintiséis de julio de mil novecientos, reunidos los señores *Carlos A. Mendoza, plenamente autorizado por el General Emiliano Herrera, Jefe de las fuerzas que atacan a Panamá, y Carlos Albán, Jefe Civil y Militar del Departamento, encargado del puesto como Secretario de Gobierno*, también autorizado plenamente para el caso, han convenido en la siguiente capitulación:

1°—Se acuerda una suspensión de hostilidades por el término de veinticuatro horas, que se vencen mañana veintisiete a las seis de la mañana.

---

(7) Tal vez el General Albán sentía sinceramente como hablaba, pues es hombre de grandes rasgos de hidalguía y generosidad, mas no así sus colaboradores y copartidarios del Istmo. Cuando leíamos su comunicación, nos entregaban cartas de la ciudad en las cuales se nos hacía saber lo que decían algunos de ellos: que esos arreglos se cumplirían en Panamá, no así en Chiriquí, Veraguas y Coclé. Cuántos de ellos no se sobaban las manos pensando deliciosamente en las fruiciones que tendrían con “las santas represalias” que iban a tomar.

2°—Durante la suspensión de hostilidades no será permitido a las fuerzas combatientes abandonar sus líneas respectivas, ni menos retirar parte de las fuerzas para otros lugares. El armisticio quedará roto por el hecho de que cualquiera de las fuerzas en todo o en parte, marche por tierra o por agua con fin de trasladarse a otro lugar;<sup>(8)</sup>

3°—Durante el término del armisticio serán entregados a las comisiones que designe el señor General Albán, las posiciones que ocupan las fuerzas del señor General Herrera, con todos los elementos de guerra en ellas existentes, inclusive las naves de guerra denominadas “General Ricardo Gaitán O.,” “Ocho de Junio”, (Cisterna) “Victoria”, (Chalupa N° 26) y las embarcaciones menores que han servido al Ejército del General Herrera, con todos sus accesorios;

4°—La entrega en el término de la distancia, después de firmada la presente capitulación, de los territorios y poblaciones en las cuales ejercen jurisdicción las autoridades revolucionarias, en las Provincias de Veraguas, Coclé, Los Santos, y en algunos de los distritos de Panamá, con todos los elementos de guerra que en ellas haya;

5°—El señor General Albán se compromete de la manera más formal a garantizar del modo más absoluto la vida de las personas de los jefes, oficiales, soldados y empleados civiles que sirven en la Revolución *en el Departamento de Panamá*, concediendo a los jefes y oficiales el honor de conservar las espadas y bagajes de su propiedad, lo cual se hace extensivo a los empleados civiles;

6°—Los extranjeros que han servido en el Ejército del General Herrera, saldrán del país lo más pronto posible, aprovechando para ello los primeros vapores que zarpen de esta bahía;

7°—Todos los demás comprometidos en la Revolución podrán permanecer en el Departamento o salir de él libremente;

---

(8) Cuando esto se acordaba, las fuerzas recién llegadas con el Sr. Campo Serrano, se deslizaban suavemente por la línea de ferrocarril, tomando posiciones para cerrarnos el paso.

8°—Tan pronto como se firme y sea aprobada por el Gobierno Revolucionario la presente capitulación, serán puestos en libertad los prisioneros de guerra hechos por ambas partes, así como los presos políticos;

9°—Los heridos de las fuerzas del General Herrera quedan bajo la salvaguardia del honor del Gobierno; y

10.—Para la aprobación de este convenio, se concede término hasta las tres de la tarde de hoy.

En fe de lo cual se firman dos ejemplares de un mismo tenor.

CARLOS ALBÁN.  
CARLOS A. MENDOZA.

Jefatura Civil y Militar del Departamento.—Perry's Hill, julio 26 de 1900.

Se aprueba en todas sus partes la presente capitulación.

BELISARIO PORRAS.  
CARLOS A. MENDOZA.  
Secretario de Gobierno.

El parte de los regenerantes sobre los combates librados en Corozal y Panamá, dice de este modo:

#### PARTE DETALLADO

de los combates librados en Panamá, del 21 al 26 de julio de 1900.

República de Colombia.—Departamento de Panamá.—Ejército Nacional.—Panamá, julio 27 de 1900.

Señor General Carlos Albán, Jefe Civil y Militar del Departamento.—Presente.

Dadas las atribuciones de que fui investido por vos durante los sucesos militares que se han cumplido en esta ciudad y en sus alrededores, del 21 al 26 del presente mes, me cosidero obligado

hoy a rendiros el parte detallado de estos acontecimientos de armas que tan bien puesto han dejado el honor del Ejército Nacional, y que venciendo una revolución, motivo de largos días de zozobra en este Departamento, devuelven hoy la tranquilidad a esta rica sección de la República y millares de brazos a la industria.

El día 19 del presente mes, teniendo vos conocimiento de que las fuerzas revolucionarias a órdenes de los señores Belisario Porras y General Emiliano J. Herrera, se habían movido de sus campamentos de La Chorrera en dirección a esta ciudad, en número considerable, dispusisteis practicar un reconocimiento en las afueras de la población a efecto de escoger el sitio más aparente para una línea de fortificaciones. Hecha esta operación, los batallones *Colombia*, *Quinto de Cali* y *Henao*, de Antioquia, entraron a construirla, auxiliados por una parte del Cuerpo de Policía. Todo este día y parte del siguiente fueron de trabajo, de expectativa y de ansiedad. A las once de la noche del 20, informado vos de que una parte de fuerza revolucionaria había acampado en Corozal, estación de la línea del Ferrocarril, poco distante de nuestro campamento, ordenasteis marchar sobre ella para sorprenderla por asalto al amanecer. El movimiento se ejecutó sin demora, y a las cuatro y media de la mañana del día 21 se dejó oír el primer disparo de una avanzada enemiga sobre uno de nuestros guías. Inmediatamente resolvisteis que la 3ª Compañía del batallón *Henao*, a órdenes del valeroso Capitán Maximiliano Uribe, marchase a vanguardia con instrucciones para apresar, si era posible, dicha avanzada. Pocos instantes después los fuegos con ella estaban rotos, y puesta en fuga entramos rápidamente al pequeño caserío, situándonos sobre la línea férrea, de donde dominamos las posiciones enemigas, rompiendo en el acto los fuegos contra ellas. Por el frente, el ataque lo hacía el batallón *Henao*, y para defender nuestro flanco izquierdo coloqué en una pequeña eminencia que domina parte del campo enemigo, una guerrilla de tiradores del *Quinto de Cali* y del *Colombia*. Así sostuvimos los fuegos por largo rato.

Una circunstancia, hartamente desfavorable por cierto, era para nosotros motivo de honda contrariedad. Consistió en que al salir a Corozal y dar principio al combate, las fuerzas revolucionarias

quedaron colocadas al lado de Panamá, sobre la línea del Ferrocarril, de manera que avanzando ellas rápidamente por dicha línea, podrían, sin dificultad ninguna, hacerse dueñas de nuestras fortificaciones del Puente de Calidonia, El Trujillo, etc., y ocupar la ciudad. El peligro en esta forma era, pues, supremo, inminente.

Otra contrariedad no menos amarga tuvimos que sentir en aquellas horas de combate. Como este movimiento sobre Corozal lo ejecutamos en combinación con el General Sarria, que debía moverse esa misma noche de Colón con unos 150 hombres, su llegada era para nosotros salvadora. Nuestras miradas se perdían ansiosamente de la vía que conduce a aquel lugar, pues además del refuerzo de hombres esperábamos recibir del General Sarria una buena cantidad de municiones que hacía horas habían escaseado en nuestras filas. En esta situación, una numerosa fuerza que avanza por la cordillera, precisamente por la vía de Colón, se deja ver. Nuestros soldados disparan sobre ella, pero nosotros lo impedimos, diciéndoles: “Es el General Sarria”.

Esta creencia nuestra, fundada en los términos del plan de ataque, fue, sin embargo, desvaneciéndose a la vista de banderas cuyos colores no pudimos apreciar al principio confusamente. Las fuerzas, entretanto, continuaban avanzando, y no fue sino muy de cerca cuando conocimos su divisa y palpamos la realidad. Eran fuerzas revolucionarias. Era que el enemigo, moviéndose de La Chorrera, había logrado colocar esa noche parte de su artillería y dos batallones en Miraflores, los cuales, al oír los disparos de Corozal, volaban en auxilio de sus parciales. El General Sarria no había podido salir esa noche de Colón, porque la Empresa del Ferrocarril no le suministró oportunamente los trenes.

A vuestra mirada de militar experimentado, no podían ocultarse naturalmente, los peligros y dificultades de semejante situación y así ordenásteis inmediatamente contramarchar, a fin de que ocupásemos de nuevo nuestras posiciones. Al abandonar aquel campo, tuvimos que lamentar la pérdida del valeroso Sargento Mayor Manuel U. Barahona; de uno de mis ayudantes, el bizarro Capitán Ricardo Cadavid, y del Subteniente del batallón *Henao*, Abelardo Quintero y de varios individuos de tropa, así como también la prisión de los valerosos Jefes del batallón *Henao*,

Coronel Heliodoro Peláez, y Comandante Amador Gómez, del Sargento Mayor Manuel Montoya, del Capitán Eduardo Echeverri, de los Tenientes Juan C. Moreno, Juan N. Muñoz, y José C. Zamora; de los Subtenientes Luis E. Molina y Alberto Roncayo y de algunos individuos de tropa. Tuvimos igualmente unos heridos entre los cuales figuran el Capitán Carlos Barahona del *Quinto de Cali*, y del *Henaó* el Teniente Alberto Holguín y el Subteniente Venancio Alvarez, quienes pelearon con valor digno de nuestra causa. Luchábamos allí 300 hombres del Ejército del Gobierno contra 800 del Ejército Revolucionario.

El movimiento ordenado por vos se ejecutó sin demora, y como a las dos de la tarde todos nos hallábamos en nuestras posiciones. El día terminó sin ningún otro acto notable; la noche fue de vigilancia.

Amaneció el 22. El sol de este día nos encontró a todos listos en nuestra línea de batalla, pero nos permitió apreciar acá dentro de la ciudad una situación bien poco tranquilizadora para nosotros. Por un acontecimiento inesperado, que deploro profundamente, en aquella mañana sólo quedábamos, en esta plaza como Jefes, con grado de Generales, vos y yo. En el centro había alarma, pánico. Era que los Jefes de las fuerzas revolucionarias, situados ya en las inmediaciones de Panamá, se habían puesto esa noche a la inteligencia con varios Cónsules extranjeros a fin de que mediante su intervención les fuera entregada esta plaza por vos, evitando así la escena sangrienta de un encuentro de armas en el poblado y la consiguiente destrucción de grandes valores. Estas noticias llegaron confusamente a nuestro campamento, pero como a las ocho de la mañana del mismo día me fueron confirmadas por vos mismo; y es del dominio público, aun cuando vos no lo habéis insinuado nunca, que esa intervención consular fue tan peligrosa para nuestra causa y de tan perniciosos efectos morales, que de no haber encontrado con un hombre de vuestro temple habría puesto en muy serias dificultades la causa de la Legitimidad en el Istmo. Así lo apreciaron varias personas y así lo afirma un documento oficial que impreso ha visto la luz pública en esta ciudad.

A las doce del mismo día fui invitado por vos a una conferencia en el Palacio de Gobierno; e impuesto de las proposiciones del

enemigo, e instado por vos para que expusiera mi concepto, os dije: “Señor General: Considero que la entrega de la plaza sería la protocolización de nuestra honra. Nuestra fuerza, aunque muy inferior en número al enemigo, es valerosa y probada. La línea de batalla que hemos escogido es magnífica. Hagamos un esfuerzo, luchemos y perezamos llegado el caso, pero salvemos ante todo el honor del Ejército Nacional”. Los Coroneles Alejandro Ortiz, Félix M. Correa y Lucas Espinosa y el Sargento Mayor Pedro P. Restrepo, que estaban presentes, expusieron sin vacilar su conformidad de ideas conmigo y vos terminásteis: “Estoy de acuerdo con todos ustedes. Vamos, pues, a luchar, mis amigos”. Pocos instantes después me hicisteis saber por conducto de vuestro Secretario, el señor Adolfo Alemán, que me investíais de las facultades necesarias para mandar todas las fuerzas que había en la ciudad y para preparar y dirigir las operaciones militares en la línea. Pasado esto me retiré de nuevo al campamento.

Como a la una de la tarde del mismo día, la parte de nuestra artillería emplazada en la pequeña eminencia de El Tívoli rompió fuegos sobre la enemiga para impedir que ésta nos fuese colocada al frente en el pequeño cerro de Curundú. El resultado fue satisfactorio. El enemigo quiso entonces situarla en otra pequeña altura cerca a Perry’s Hill; pero allí tenía que recibir y recibió inmediatamente los fuegos de El Tívoli, más los de dos cañones que teníamos en el puente de Calidonia. Los fuegos continuaron por espacio de algunas horas, contestados por el enemigo y acrecentados de vez en cuando por descargas de fusilería, hasta que un cañonazo hábilmente dirigido de El Tívoli, por el sargento Enrique Jaramillo, desmontó una pieza de las del enemigo, consiguiendo de esa forma callar sus fuegos.

La tarde fue de relativa calma. A la oración hicisteis reforzar la guarnición que teníamos en La Boca, enviando a ese lugar la columna *Campo Serrano* a órdenes de los Coroneles José María y Manuel Núñez Roca. Como a las doce de la noche, preocupado yo con nuestra situación en aquel campamento, resolví visitarlo personalmente, dirigiéndome a él en compañía del Teniente Emilio Fajardo. Una hora después estuve allá. La fuerza que defendía aquella posición vigilaba toda, hábilmente colocada sobre la plaza y el muelle; permanecí allí hora y media, y al

regresar a la ciudad dispuse que de dos cañones que teníamos en Chiriquí, uno fuese trasladado inmediatamente a La Boca. Así se hizo al amanecer del 23.

La aurora de este día me permitió ver con mi anteojo, desde El Cerro, una numerosa fuerza enemiga que se movía en dirección a ese campamento, y al punto hice saber esta novedad por conducto de uno de mis Ayudantes de Campo.

Algunas horas más tarde di en la línea del puente de Calidonia, las órdenes e instrucciones que estimé necesarias; me dirigí al Palacio de Gobierno a comunicarnos verbalmente los movimientos del enemigo sobre La Boca, y después de una ligera conferencia con vos, marché por orden vuestra a dirigir personalmente el combate, que poco después debía principiar en aquel lugar. A mi llegada a él, ya los fuegos estaban rotos, y el Coronel Manuel Núñez Roca, con su fuerza, y el Capitán Aureliano Valero B. con unos tiradores del *Istmo*, cumplían su deber a satisfacción. Durante el combate, el cañón emplazado allí en aquella mañana, funcionó con toda regularidad, contestando a la artillería enemiga, a la par con el fuego de nuestros tiradores que era intenso y nutrido. A las cinco de la tarde, el enemigo fue rechazado y se retiró a Farfán, decepcionado seguramente, a apreciar la esterilidad de sus esfuerzos en su empeño de desembarcar fuerzas en aquel puerto. Tuvimos algunos heridos, ninguno de gravedad.

A las 6 p. m. regresé al campamento del puente; durante la noche no se verificó ningún hecho notable.

A la madrugada del 24 divisé desde la playa de el Trujillo la Flotilla enemiga al ancla en Punta Paitilla y penetré desde luego el alcance de las operaciones ejecutadas por las fuerzas revolucionarias durante la noche. Era que los dos batallones que no habían podido desembarcar por el puerto de La Boca en el combate del día anterior, habían resuelto trasladarse por agua a las posiciones de Perry's Hill para reforzar allí al General Herrera y hacernos un ataque más intenso y poderoso por el frente de nuestras fortificaciones. Sin embargo, en el campamento enemigo no se advertía movimiento ninguno y la creencia de que hubiese sido abandonado por nuestros adversarios en aquella noche, empezaba a ser la expresión de no pocos. En esta virtud y a fin de que desapareciese todo motivo de perplejidad, resolví a las siete

de la mañana hacer personalmente una exploración al campo revolucionario, la cual practiqué en compañía del Teniente Coronel Víctor Manuel Hernández y de 30 tiradores del batallón *Colombia* y del Cuerpo de Policía, a órdenes del sereno y entusiasta Capitán Pedro A. Barreto.

El resultado de esta exploración superó, si se quiere, a nuestros deseos y a nuestro pensamiento. En Peñaprieta encontramos al enemigo que avanzaba sigilosamente sobre nosotros al abrigo del manglar, y al momento regresamos a nuestro campamento para esperarlo. Un cuarto de hora después (como a las ocho y media a.m.) dos batallones adversarios se presentaron en la playa en línea de tiradores, y al punto ordené romper los fuegos sobre ellos. Vos que estábais allí en aquella mañana, pudisteis apreciar la manera como se inició esa escena sangrienta; el arrojó de nuestros contendores mereció realmente nuestra admiración, pero así como avanzaban sobre nosotros, iban quedando tendidos en la playa y a la sombra del mangle, muertos unos, heridos los demás; y es afirmación de algunos oficiales enemigos, que de 300 hombres que nos atacaron por aquella vía sólo seis volvieron vivos al campamento de Perry's Hill.

Iniciada la lucha en la playa de El Trujillo, como a las ocho y media a.m., diez minutos después los fuegos se habían generalizado en nuestra línea de batalla, desde aquel punto hasta Guachapalí, de aquí al puente de Calidonia y de aquí, por Pueblo Nuevo, hasta el sitio en donde se une la línea del Ferrocarril que va a La Boca y la que conduce a Colón. Nuestra artillería de El Tivoli y la del puente, lo mismo que nuestra fusilería, hacían un fuego nutrido y mortífero. Al recorrer la línea de batalla, me fue muy satisfactorio encontrar cumpliendo su deber a todos los Jefes, oficiales y soldados de los cuerpos que allí combatían, con excepción del Comandante del batallón 1º de Infantería del Istmo, Coronel Jesús Parada Leal, quien a los primeros disparos abandonó la fuerza que comandaba, sin que hasta la fecha haya obtenido dato seguro de su paradero. Afortunadamente, allí estaba el Segundo Jefe, valeroso Sargento Mayor Antonio Holguín, quien luchaba como bueno al frente de sus soldados, y a quien éstos lloran todavía, pues pasada una hora de combate, cayó herido por

una bala que le produjo la muerte algunas horas más tarde. Para reemplazarlo en la Jefatura del batallón, nombré al Capitán Luis Martínez Aragón, cuya conducta en los días de lucha, lo mismo que la de sus oficiales, mereció mi aplauso.

Dispuse igualmente que para reforzar aquella posición, en caso de que fuese reciamente atacada por el enemigo, el Coronel Félix M. Correa y los Capitanes Maximiliano Uribe y Floro Roldán, la ocupasen con parte del batallón *Henaio*.

Como a las doce del día, un hecho inesperado fue para nosotros motivo de inquietud. Los enemigos de nuestra causa residentes acá en la ciudad, a quienes la benevolencia del Gobierno había dejado en libertad, halagados con la falsa noticia de que ya los revolucionarios habían logrado romper nuestras líneas para entrar, se pronunciaron, saliendo unos a las calles y plazas públicas, disparando otros desde sus habitaciones por ventanas y balcones y dando principio a un horroroso saqueo, en el cual, como vos lo sabéis, yo fui la primera víctima. Felizmente, al recibir el parte de estos hechos, fui también informado de que ya vos obrábais sobre los amotinados, a quienes habíais puesto en vergonzosa fuga, eficazmente secundado por los Coroneles Ortiz y Espinosa. Sin embargo, dispuse que el denodado Marcial Ocoró (Sargento Mayor, ascendido hoy a Teniente Coronel) acompañado del no menos sereno Teniente Antonio Jaramillo y de 30 tiradores, armados de rifle y machete, fuese a ocupar el muelle inglés de donde algunos de los revoltosos hacían fuego sobre el *Colombia*, con orden de que al hacer esto marchara en vuestro auxilio al centro de la ciudad. A la vista de esta guerrilla, los del muelle huyeron precipitadamente y los pocos que aun quedaban en las calles volvieron a sus escondites. Allí murió, traidoramente asesinado, el Guarda-parque del *Colombia*, intrépido P. Pacheco.

Como a las cuatro de la tarde, una terrible tempestad que se presentó en el campo en donde se libraba la batalla, nos hizo creer que sería al menos motivo de una ligera tregua entre las fuerzas combatientes; pero no sucedió así: los fuegos se avivaron más y más, y en el fragor de la tempestad y de la lucha, hubo ciertamente algunos momentos en que el estampido de los cañones se confundía con los truenos de las descargas eléctricas. El espectáculo era solemne.

Los fuegos continuaron sin interrupción. De las diez a las once p.m., pudimos observar, aunque confusamente, que el enemigo, aprovechando las tinieblas de aquella noche intensamente oscura, avanzaba en silencio sobre nuestras fortificaciones; y al toque de carga que ordené inmediatamente y que repitió la corneta con entusiasmo en toda la línea, nuestros tiradores contestaron con el fuego más activo que se haya presenciado.

Al amanecer del 26 la luz del día nos permitió ver, cerca de nuestra línea de defensa y principalmente en el camellón de Calidonia, regado el campo de cadáveres del enemigo. Los más arrojados habían pagado esa noche con la vida su intrepidez.

La lucha continuó durante el día 26, y como a las cuatro de la tarde recibí un pliego vuestro, según el cual, conveníais en una ligera suspensión de hostilidades a efecto de que las ambulancias inglesa y chilena penetraran al campo enemigo a recoger siquiera los heridos, cuyos ayes y quejas oíamos a poca distancia.

Así se hizo, en efecto, pudiendo entonces apreciar el destrozo que nuestras armas habían causado en las filas revolucionarias: 600 hombres, entre muertos y heridos, yacían tendidos en aquel campo.

Hacia las cinco y media de la tarde, los gritos de ¡Viva el General Sarria!, pronunciados en Pueblo Nuevo, nos avisaron el arribo de este leal servidor de nuestra causa, quien venciendo al cabo las dificultades con que había tropezado en su marcha, venía con 200 hombres a compartir con nosotros las fatigas de aquella gloriosa jornada.

Acompañábanlo don Antonio Burgos, Prefecto de Colón; el Coronel Pedro Sotomayor, el entusiasta Capitán Ricardo C. Stevens, don Orondaste Martínez y algunos amigos más.

A las siete y media de la noche rompiéronse de nuevo las hostilidades, y un fuego sostenido vivamente de parte y parte se dejó oír hasta la madrugada del 26.

A las siete y media de la mañana de este día, el pito de la locomotora nos anunció desde lejos la llegada de mil hombres que, a órdenes de los Generales José María Campo Serrano, Francisco Jaramillo U., Fortunato Garcés y Wenceslao Rodríguez, venían de Barranquilla en nuestro auxilio. El desaliento producido

en las filas enemigas con la presencia de este poderoso refuerzo y con el destrozo que le habíamos causado en los días anteriores fue motivo para que los Jefes revolucionarios se rindieran, mediante la capitulación que el público conoce, entregándonos la Flotilla, su cuantioso armamento y su artillería.

Combatimos en nuestra línea de batalla 415 hombres del Ejército del Gobierno contra 2.000 de la revolución. Esta tuvo 600 bajas entre muertos y heridos, y nosotros, contando las de Corozal, 32 muertos y 66 heridos. En las bajas que tenemos que lamentar figuran principalmente, la del bizarro Sargento Mayor Rolando Linares, muerto el 24, y la del no menos entusiasta Subteniente Aparicio Ramírez, atravesado por una bala en la madrugada del 26 al hacer un disparo de cañón.

Si hubiese de hacer os una relación de los jefes, oficiales y soldados que se distinguieron en aquellos días de lucha y de fatiga, os afirmo con justa satisfacción y con orgullo, que necesitaba presentaros la lista de cuantos combatieron.

Más que su valor, yo admiré su abnegación y su constancia durante esos ocho días que permanecieron a pie firme en nuestra línea de batalla, sin esperanza de ser relevados, sin un momento de descanso, y en que sólo a ligeros intervalos disponían de un instante para tomar un poco de agua o una taza de café.

Sin embargo, no terminaré esta relación sin dejar en ella un párrafo que exprese nuestro agradecimiento para las personas que, como el señor Antonio Zubieta, se interesaron vivamente por la suerte de nuestra tropa, y sin tributar un justo elogio al señor Secretario de Hacienda, don Adolfo Alemán, quien estuvo atento siempre a las necesidades de la guerra, haciendo indicaciones oportunas y cooperando así al triunfo de nuestras armas.

La batalla que acabamos de librar tendrá, señor General, la más justa resonancia en la República y fuera de ella cuando sean conocidos sus pormenores y pueda apreciarse la naturaleza de los peligros que eran nuestra amenaza. Triunfante la Revolución en el Istmo, en pocos días habría extendido su influencia a los vecinos Departamentos del Cauca, Bolívar y el Magdalena, llevando a ellos elementos de todo género y produciendo la más desastrosa complicación para la causa del Gobierno. Vencida como ha quedado, hemos puesto ejemplar escarmiento al filibusterismo

nicaragüense y ecuatoriano, y podemos afirmar sin exageración que lo que pasa en el interior de la República carece de importancia y que la guerra ha terminado.

Con sentimiento de la más distinguida consideración, soy de usted, señor General, vuestro atento y S. S.,

El General,

VÍCTOR M. SALAZAR

**Lista de las bajas que sufrió el Ejército del Gobierno en los combates ocurridos en esta ciudad y en Corozal, del 21 al 26 de julio de 1900**

*Batallón "Colombia"*

Muertos: Guarda-parque, Pedro P. Pacheco P.; Teniente, Aparicio Ramírez; Corneta, Félix Cordoso; Soldados: Cipriano García, Leonardo Rodríguez, Salvador Hernández, José G. Lucumí y Pedro Osorio.

Heridos: Subteniente, Juvenal Roso; Cornetas, Hipólito Guevara y Celso Ballesteros; Sargentos Segundos, Eladio R. Martínez y Clemente Rodríguez; Cabos Primeros, Alfonso Vázquez y Aparicio Tarquino; soldados: Jesús M. Arango, Pastor Vanegas, Germán Salcedo, Roberto Mondragón, Santos Molina, José M. Duque, Marcos A. Duque, Eugenio Martínez, Nicomedes Sandoval, Lorenzo Malagén, Nicolás Correa, Hipólito Murillo, Venancio Biáfara, Isaías Capote, Juan de J. Leiva, Isidro Páez y Pedro Ortiz.

*Batallón "Heno", de Antioquia*

Muertos: Capitán Ricardo Cadavid; Subteniente, Abelardo Quintero; Sargento 1º, Luis F. Ríos; Cabo 1º, Camilo Ceballos; Cabo 2º, Antonio J. Cuervo; Soldados: Pedro A. Patiño, Maximiliano Congate, Ricardo Reyes, Florentino Lopera, Rosendo Serna, Basilio Caro y José J. Hernández.

Heridos: Teniente, Alberto Holguín; Subteniente, Venancio Alvarez; Sargentos Primeros, Tomás Guardia y Pedro Jaramillo;

Soldados: Julio Bustamante, Lorenzo Echeverría, Manuel Saavedra, Jesús M. Alvarez, Isidro Santa Cruz, Clímaco Betancourt y Manuel Ramírez.

*Batallón "Quinto de Cali"*

Muertos: Sargento Mayor, Manuel M. Barahona; Sargento 2º, Evangelista Ruiz; Soldados: Pedro A. Solís y Federico Sarria.

Heridos: Sargento Mayor, Marcial Ocoró; Capitán, Carlos Barahona; Teniente, Jacinto Trujillo; Sargentos Primeros, Adriano Marmolejo y Simeón Salcedo; Cabos Primeros, Zenón Luzcando, Pedro Camacho y Salvador Bonilla; Cabo Segundo, Balbino Cortez; Soldados: Gregorio Arias, Baltazar Pretelt, Pedro López, Agustín Peña, Antonio Gil, Vicente Valencia, Venancio Orozco, Heliodoro Carbazar, Francisco Mosquera y Gustavo Paredes.

*Batallón "1o. de Infantería del Istmo"*

Muertos: Sargento Mayor, Antonio Holguín; Soldados: Manuel Carbacho, José de los Reyes Atencio, Adolfo Montenegro y Martín Palma.

Heridos: Soldados: Justo Padilla, Juvenal Villalobos y Encarnación Flores.

*Columna "Campo Serrano"*

Heridos: Capitán, Mario Ramírez; Soldados: Raimundo Rodríguez y Abraham González.

*Cuerpo de Policía*

Muertos: Agentes, Valentín Linares y Joaquín Hernández.

Heridos: Agentes, Segundo Aguillón, Gerardo Delgado y Pablo Zapata.

*Comandancia de la Quinta División*

Muertos: Sargento Mayor. Rolando Linares.

RESUMEN:

	Mtos.	Hdos.
Batallón "Colombia"	8	24
Batallón "Henao"	12	11
Batallón "Quinto de Cali"	4	22
Batallón "Primero de Infantería del Istmo"	5	22
Columnas "Campo Serrano"		3
Cuerpo de Policía	2	3
Comandancia de la Quinta División	1	
Total	32	66

Panamá, 27 de julio de 1900.

El General,

VÍCTOR M. SALAZAR

**Lista de los Jefes y Oficiales del Ejército del Gobierno  
que asistieron a los combates librados en Corozal,  
La Boca y Panamá, contra las fuerzas revolucionarias,  
del 21 al 26 de julio de 1900**

*Estado Mayor*

Generales, Carlos Albán, Víctor M. Salazar y Carlos M. Sarria.<sup>(\*)</sup>

*Estado Mayor de la División Antioqueña y Batallón "Henao"*

Coroneles, Félix M. Correa<sup>(\*\*)</sup> y Heliodoro Peláez; Teniente Coronel, Amador Gómez J.; Sargento Mayor, Pedro P. Restrepo y Manuel Montoya; Capitanes, Ricardo (Cadavid, Floro Roldán,

(\*) Combatió en la noche del 25 hasta la mañana del 26.

(\*\*) El Coronel Correa, del Estado Mayor, combatió como Jefe del Batallón *Henao* después de Corozal, en donde cayó prisionero el Coronel Peláez.

Juan A. Díaz y Eduardo Echeverri; Tenientes, Obdulio Córdova, Julián Vásquez J., Juan C. Moreno, Alberto Holguín y Eleázar Orozco, Subtenientes, Luis E. Molina C., Abelardo Quintero, Antonio María Ceballos, Tobías Orozco, Juan C. Toro, Antonio Morales, Alberto Roncallo, José J. Uribe, Emiliano Orrego, Venancio Alvarez y Macario González.

#### *Batallón "Colombia"*

Coronel, Alejandro Ortiz; Sargento Mayor, Vicente Navia y Enrique Acosta; Capitanes, Rafael Aranza, Belisario Valencia, Ignacio Molined, (Habilitado) Pedro A. Barreto y Eduardo Holguín; Tenientes, Juan N. Muñoz, Clodomiro Alfonso y Delfín del Busto; Subtenientes, Juvenal Roza, Felipe Sánchez, Aurelio Corro, M., Manuel Guardado, Epifanio Torres, José D. Neira, Manuel Latorre; Guarda-parque, Pedro P. Pacheco.

#### *Batallón "Quinto de Cali"*

Coronel Lucas Espinosa; Sargentos Mayores, Manuel M. Barahona, Jorge E. Martínez y Marcial Ocoró; Capitanes, Pedro M. Galindo, Pedro A. Moreno, Carlos Barahona, Saturnino Reina, Victor Cárdenas, Aureliano Sánchez y Antonio Jaramillo; Tenientes, Nicolás Payán, Juan Bautista Ramírez, Jacinto Trujillo y Manuel J. Urrutia; Subtenientes, Andrés J. Lenis, Maximiliano Gómez, Efraín Mafla, Eduardo A. Martínez, Carlos Sanclemente y Belisario Valencia.

#### *"Batallón "Primero de Infantería del Istmo"*

Sargento Mayor, Antonio Holguín; Capitán Ayudante, Luis Martínez A., Damián Espinosa y Aureliano Valero B., Teniente Ayudante de Campo, E. Herrera G., Rafael Pardo G. y Arcadio Díaz; Subtenientes, Isidoro Bocanegra, Emigdio Martínez y Luciano Herrera.

#### *Cuerpo de Policía*

Coronel, Leopoldo Corredor; Comandante, Emilio Linares V., Capitán, Octaviano B. Pérez; Tenientes, Augusto S. Colmenares,

Gavino Gutiérrez, Manuel Soto B. y José Zamora; Vigilantes: Ernesto Gómez, Manuel Vergara, Mateo Hernández, Federico Torres, Francisco Gutiérrez, José A. Mateus, Nicolás Leiva, Delio Noriega, Heliodoro López, Feliciano Saldaña, Aníbal Franco, Gustavo Medina, Enrique Cárdenas.

*Columna "Campo Serrano"*

Coronel, Manuel Núñez R.; Capitanes Ayudantes: Mario A. Ramírez, Epaminondas Quintero, Gonzalo Jiménez, Aníbal García, Santiago Toledo, Lisandro Espinosa; Tenientes: Ramón Pacheco, José M. Navarro.

## IMPORTANTE CARTA DEL DOCTOR PORRAS

### MI FUGA DE LA CARCEL DE SANTIAGO (1902)

San José, Septiembre 16 de 1902.

*Señor Director de EL CRONISTA,*

Panamá.

Hasta hoy no he venido á leer en su apreciable hoja de 27 de Agosto, el suelto por el cual les hace saber á sus lectores que logré fugarme de la prisión de Santiago de Veraguas y llegar á esta República el 19 del mismo mes.

La noticia es cierta, y nada tendría que objetarle, estando usted en su derecho para imformar respecto de mí cuanto quiera y pueda convenirle, si al propio tiempo no recalcase usted, en forma de recuerdo que es preciso conservar, sobre otra noticia completamente falsa, así: “Como saben nuestros lectores, el doctor Porras se hallaba en una cárcel sufriendo la pena de quince años de presidio á que fué condenado por un Consejo de Guerra Verbal por el delito de insubordinación.”

Después del combate de Aguadulce de 23 de Febrero, fui relativamente encarcelado en Pocrí de Aguadulce durante doce días, porque quise separarme del Ejército Liberal que en el Istmo dirigía y dirige aún el señor General Benjamín Herrera. El 28 de Marzo fuí detenido una segunda vez é incomunicado, durante quince días en David, por no haber querido aceptar el cargo de Ayudante Secretario del citado General, con quien no me ligaba ya ningún vínculo de amistad; y, en fin, el 4 de Mayo lo fuí una tercera vez hasta el 26 de Julio, día de mi evasión de Santiago, por diferir con el mismo Herrera en el modo de conducir la campaña, y porque no guardé el silencio del miedo respecto de dos heridas que él me infirió de un modo alevoso ó porque no convine en decir que me las había inferido *un* soldado soez.

Estuve, pues, sin duda ninguna, preso en diferentes cárceles, pero nunca se me tomó declaración, no se me procesó, ni se me juzgó por Juez, ni por Consejo, ni por Tribunal ordinario,

extraordinario ó *ad-boc*. Lo único que hizo el señor Herrera fué hacerme conocer la causa de mi prisión, y fué el señor doctor Ezequiel Abadía el encargado del triste papel de hacerlo, –hallándome en la incomunicación más completa,– por medio de una carta en la que, al propio tiempo que me daba el título de amigo, me insultaba del modo más monstruoso. Decía que yo en carta para el exterior (sin expresar, como debió hacerlo, que esa carta iba dirigida al Secretario del señor General Gabriel Vargas Santos), criticaba las operaciones militares del señor Herrera, y debía escoger entre retractarme solemne y públicamente, ó... seguir en la carcel y ver arruinada mi reputación política y moral.

Como preferí la carcel –no por soberbia sino porque,– como lo haré ver más tarde, –retractándome y todo, habría tenido que exclamar, á semejanza del conocido astrónomo italiano: *y sin embargo es cierto*; sufrí la prisión, sometido á la soledad y al silencio, en calabozo obscuro, privado de aire y de luz, sujeto á la privación de sueño y á otras muchas torturas que sería prolijo enumerar, incalificables, é inauditas, propias sólo, en estos tiempos de garantías de la verdad y del derecho, de gentes como los victimarios y verdugos de que me hizo su víctima, agrada solo a los que no son blanco inmediato y pueden llegar á creer que el iracundo y brutal es un hombre generoso que si gobernase el mundo haría un excelente héroe...

Soy de usted con toda consideración su atento seguro servidor,

*Belisario Porras*

## ANECDOTAS DE TROZOS DE VIDA

### LA SANIDAD EN EL INTERIOR

*Belisario Porras*

Ya he hablado de lo que era en la ciudad de Panamá y Colón la sanidad mucho antes de nuestra separación de Colombia, y por ello bien se puede deducir lo que sería ésta en el interior de la República, en donde hoy a pesar de todos los esfuerzos deja todavía mucho que desear. Poblaciones hay en donde la vida se hace insoportable, debido a la falta de higiene, ya que sus habitantes no se preocupan de ella, y debido a la distancia de la capital, el Gobierno tropieza con mil dificultades para contribuir al saneamiento de ellas. Y si entre nosotros los capitalinos la Sanidad americana tropezó con una y mil dificultades en su afán de proporcionarnos tamaño bien, extirpando los mosquitos y toda clase de bichos que eran una eterna amenaza para nuestra salud, ¿qué podría esperarse de aquellos pueblos, acostumbrados a una vida inferior, si se quiere, y para quienes esos remedios eran como atentados contra el derecho de vivir...? El mal, aunque no en proporciones tan alarmantes, continúa en no pocas poblaciones de nuestro país y pasará mucho tiempo para que desaparezca por completo. Se necesitaría un esfuerzo superior y éste es el que no vemos hoy por ninguna parte... La anemia, debida a la falta de higiene, troncha en flor millares de existencias, y los que llegan a subsistir al mal, caen bajo una depresión moral que los hace inhábiles para todo, indolentes, faltos de espíritu privado y público, para quienes la vida no tiene ningún atractivo.

Parece mentira, pero pueblo enfermo de cuerpo, es pueblo que va indefectiblemente a su completa ruina tanto moral como material. Como consecuencia viene el decaimiento del espíritu y nuestro brazo es impotente para levantarse en un gesto de protesta contra los que quieran avasallarnos... Los pueblos que hoy son la admiración del mundo entero, Estados Unidos, Inglaterra, etc., han sido siempre pueblos sanos y de ahí su deslumbrante poderío. Nuestra raza necesita del esfuerzo propio para alejar de nuestro alrededor todo germen nocivo a la salud, y

si ese esfuerzo no es suficiente, aceptar complacidos el que nos presten nuestros amigos de otra raza que han venido a convivir con nosotros, tal como lo han hecho los americanos, a quienes debemos hoy, siquiera en Panamá, Colón y otros pueblos vecinos, la mejora de nuestra salud y el adelanto que hemos alcanzado.

Para dar una idea de lo que eran nuestros pueblos en un tiempo no muy lejano, en que los excusados eran completamente desconocidos, voy a referir un episodio doloroso, que me hizo sonrojar de vergüenza y me obligó a pensar en un remedio para poner fin a tan lamentable estado de cosas.

Con motivo del nacimiento de mi hijo Rodrigo en el Hospital Ancón, hoy Gorgas, visitaba con frecuencia ese establecimiento, llegando a entablar amistad con algunas de sus principales empleadas (nurses), americanas todas y muy apreciables y a quienes llegué a considerar mucho. En 1912, estando yo en la Presidencia de la República, les hice una visita en el Hospital y algunas de ellas me dijeron, muy contentas, que estaban ideando un paseo a La Chorrera, en donde se pasarían dos o tres semanas de vacaciones para bañarse en el *chorro* y montar a caballo y comer frutas frescas, ya que iban dispuestas a pasar de lo más felices. Que habían escogido ese pueblo por las buenas referencias que de él tenían, por ser el más cercano de la capital y por sus baños que eran encantadores. Yo las animé mucho y les ofrecí ayudarles con algunas cartas para los amigos y las autoridades, con el fin de que en los días que pasaran en el pueblo no se les dificultara nada. Me agradecieron mucho y el día de la partida fueron a despedirse de mí a la Presidencia muy contentas. Vamos dispuestas –me dijeron nuevamente– a vivir de lo más felices dos o tres semanas. Y se alejaron, llevando en las pupilas retratada la visión del pueblo en donde esperaban descansar de sus faenas diarias bañándose en las aguas bullidoras del renombrado *chorro*, y luego, en briosos corceles, recorrer la llanura bajo el esplendoroso sol de nuestros trópicos...

Trascurrida una media semana tuve noticias de que las apreciables excursionistas habían regresado. Me sorprendió sobremanera aquel inesperado regreso y en una de mis salidas fui a visitarlas con el fin de saber a qué se debía aquel cambio en el programa que tan contentas se habían elaborado. Me recibieron

como siempre, con la mayor atención, y al averiguar el motivo de su inesperado regreso, noté que se miraban unas a otras y en sus labios se dibujaron sonrisas extrañas y evadieron la respuesta muy gentilmente. Les manifesté mi profunda pena por la mala impresión que pudieran haber recibido en su paseo y convencido de que algo serio les había sucedido, traté de averiguar por todos los medios lo que fuera.

Pocos días después una amiga de ellas y mía me contó y fue entonces cuando sentí enrojecérseme el rostro de vergüenza.

Al día siguiente de haber llegado al pueblo y haberse hospedado en el único hotel que allí existía, una de ellas preguntó a una criada el lugar a propósito para cierta necesidad, y ésta, señalándole el patio, le dijo: “Vea, allá detrás de aquellos árboles...”. Con pena se dirigió nuestra excursionista al lugar indicado, pero no podía hacer otra cosa en tan difícil trance. Pocos instantes después de haberse internado en el patio, se oyeron en el hotel los gritos de nuestra dama pidiendo auxilio. Corrieron sus compañeras y los dueños del hotel en dirección de donde salían los gritos y el cuadro que se presentó ante sus ojos fue de lo más extraño: la apreciable dama americana, con los vestidos desgarrados, trataba de librarse de una gran piara de cerdos que la acosaban por diferentes puntos, después de haberla echado a tierra dañándole los vestidos. No supo ella, como en otros pueblos se acostumbraba, ni se lo avisó la criada, amontonar piedras y ponerlas al alcance de la mano para defenderse, al ser acosada. De regreso al hotel, llenas de indignación y renegando del pueblo, las enfermeras resolvieron regresarse en el acto, sin la satisfacción de bañarse en el *chorro* y sin la de correr por las llanuras a caballo, como lo habían soñado tantas veces.

## REVISTA DEL EJERCITO PANAMEÑO POR EL GENERAL MANGIN

El señor de Simonin, que era Encargado de Negocios de Francia, fue a fines de mayo de 1922 a la Presidencia, a hacerme saber oficialmente que el Gobierno de Francia había escogido al General Mangin para que lo representara en Panamá, como Embajador ante mi Gobierno, en la ceremonia que se celebraría de colocar la primera piedra del sitio que con el nombre de *Plaza de Francia* serviría para conmemorar a los precursores del Canal, que fueron franceses, y en donde se elevaría por mi Gobierno un monumento que perpetuaría su memoria. El señor de Simonin agregó que abordo del buque de guerra *Jules Michelet* el General Mangin saldría de Francia para Panamá, a principios de junio, para estar aquí el 14 de julio.

El *Jules Michelet* llegó, en efecto, a Cristóbal el 12 de julio, en donde estaban aguardándole el Secretario de Relaciones Exteriores de Panamá, el Encargado de Negocios de Francia, el Comandante de las tropas de los Estados Unidos, en la Zona del Canal, y las autoridades de Colón, quienes al llegar el *Jules Michelet* subieron a éste a darle al General Mangin la bienvenida. En Colón, el Concejo Municipal celebró sesión en honor del illustre huésped y el Alcalde le dio la bienvenida igualmente, por medio de un bien elaborado discurso. En la tarde el *Jules Michelet* entró al Canal, y en la mañana, como a las ocho, recorrió el trayecto, acoderó a uno de los muelles de Balboa, en el cual otras autoridades de la ciudad de Panamá estaban ya esperando para recibir a sus pasajeros, y, si posible, para acompañarlos al Palacio Presidencial, donde rodeado yo de todos los altos funcionarios de la República, estaba listo para saludarlos y ofrecerles los dones todos de la hospitalidad. A las diez de la mañana llegó el General Mangin con su comitiva y se les recibió con todos los honores y el boato propio de una Embajada de un país amigo y amado. Después de la ceremonia oficial invité al General Mangin y a sus Secretarios y Edecanes a venir al balcón diciéndoles que el *Ejército de Panamá* iba a desfilar por el frente del Palacio y yo deseaba vivamente que el General lo revistara.

Su Excelencia, agregué, habrá hecho esto muchas veces con el ejército francés y para nosotros los panameños será una gran honra que haga lo mismo con el ejército nuestro.

—¿Cómo, me dijo, —tienen ustedes ejército—? A mí se me había dicho, aun antes de salir de Francia, que Panamá no tiene ejército, sino un *Cuerpo de Policía*, parte del cual es *Policía Montada*.

—Pero no es así, Excelencia; Panamá posee un ejército que estoy seguro va a despertar en Su Excelencia todas sus simpatías. Casi puedo decir que es extraordinario, si se considera los pocos años, menos de un cuarto de siglo, que tenemos de existencia como Nación independiente. Su número es solo de *siete mil soldados*...

El General Mangin me miró fijamente, pero no pudo desconcertarme. Así pude reforzar mis expresiones, agregando:

—Oiga, Excelencia, oiga la música de las Bandas! La vanguardia se acerca.

Cambiando el General de aspecto, el de un incrédulo por el de un convencido, me dijo:

—Efectivamente, estoy oyendo los sonos de una marcha militar. Deben ser ellos.

La música se fue acercando más y más y pronto se llegó a oír distintamente. Yo calculaba que después del Parque de la Independencia habían entrado ya en la calle 6ª y venían en dirección al Palacio.

—¿Siete mil soldados me dice usted que tiene la República?

—La República no, General, la República tiene mucho más. Es la ciudad de Panamá la que tiene de seis mil quinientos a siete mil. La República tiene como setenta mil.

Se quedó pensativo el ilustre General y volvió a mirarme fijamente, como a tratar, sin duda, de descubrir en mi rostro alguna perturbación mental o algún sentimiento bromista o de chanza. Lo vi recapacitar reanimándose de nuevo, sonriendo, como quien se dice a sí mismo: Ya están cerca, ahora los vamos a ver.

Por la música que oíamos muy cerca ya, juzgué que en dos minutos más desembocaría la Banda y en pos de ella los que marchaban alegres, batiendo banderolas francesas.

En efecto, al llegar a la esquina noroeste del Palacio, dando media vuelta a la derecha, apareció en la Avenida norte y frente al Palacio Presidencial, la Banda, tocando la marcha más alegre e impresionante que puede darse, y en pos de la Banda, de ocho en fondo, vestidas de blanco con sombreros y zapatillas del mismo color, las alumnas de la Escuela Normal de Señoritas en número de trescientas, con bandera panameña grande y con banderolas francesas que cada una de ellas batía al viento. Detrás de ellas, también de ocho en fondo, venían las señoritas de la Escuela Profesional, con sus maestras y profesoras a los lados, sugiriéndoles la posición y el orden que debían guardar. Y en pos de éstas, otras y otras escuelas de niñas, también de blanco, con estandartes nacionales y banderolas francesas. Y terminado el desfile de las escuelas de niñas, desembocó, después de corto espacio, el de los jóvenes del Instituto, en número de trescientos o más y el de la Escuela de Artes y Oficios y el de todas las demás escuelas de niños de la capital hasta el número de seis mil quinientos o seiscientos que volvían su mirada a lo alto del Palacio y saludaban al General Mangin y a su comitiva y a mí, batiendo sus banderolas francesas. La Banda se había situado en frente del Palacio sobre la acera del pequeño malecón enrejillado que existe allí y seguía tocando a las señales de la batuta del Director, el distinguido Alberto Galimani.

El ejército panameño de la Instrucción Pública fue desfilando con la otra Banda a la cabeza por el resto de la Avenida, en dirección a la Plaza de San Francisco, hoy de Bolívar, para tomar la Avenida Central y seguir para la Plaza de Francia.

Yo invité a Su Excelencia el Embajador, General Mangin, a quien había estado observando, profundamente impresionado, hasta la más viva emoción, durante el desfile de las jóvenes y de los jóvenes alumnos de nuestras escuelas de la capital, y sin decirme nada, al invitarlo yo a venirse conmigo en mi carro a la ceremonia de colocar la primera piedra del monumento a los Precusores del Canal, que fueron franceses, a la Plaza de Francia, aceptó con placer, y ya en el carro, cuando íbamos, me dijo:

—“Estoy asombrado de lo que usted llama el *Ejército de la ciudad de Panamá*. Si en quince años de vida independiente

ustedes han logrado echar semejante base a la República, cuando tengan medio siglo o un siglo, su progreso habrá traspasado el de todas las naciones de la tierra. Hombres educados son los mejores soldados de la República, y mujeres educadas son las mejores madres que podrán presentar al mundo, como modelos de la vida. Todo hombre superior hereda de estas madres los elementos de su superioridad. El futuro de todo pueblo depende de las madres que hay en ese pueblo, porque los niños son lo que sus madres son. Por lo demás, estos niños que se educan van a ser los padres de los futuros ciudadanos. Feliz país y felices ustedes, señor Presidente!-. Sus nobles esfuerzos, construyendo están la grandeza y felicidad de esta República”.